

En este descabellado y sugerente título, **David Toscana** lleva al límite la imaginación quijotesca

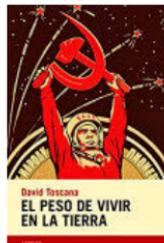
Surrealismo ruso hecho en México

por **ADRIANA BERTORELLI**

La premisa no sólo es original, sino extravagante: un oficinista mexicano de principios de los años 70 se entera en las noticias de que los tres tripulantes de la nave espacial rusa *Salyút* han muerto después de permanecer 23 días exitosamente en el espacio, porque «luego de pasar tanto tiempo sin gravedad, sus corazones se habían detenido al sentir de nuevo el peso de vivir en la tierra». Es así es como Nicolás, subgerente de Comunicación en una oficina en Monterrey, lector fervoroso de cuanto

escritor ruso haya existido, se obsesiona con su propia misión y decide no sólo convertirse en cosmonauta, sino también en ruso, y comienza a vivir como Nikolái Nikoláievich Pseldónimov. Este argumento de *El peso de vivir en la tierra* de David Toscana (Monterrey, 1961) no puede ser más descabellado y sugerente.

Nicolái necesita armar su tripulación, pero, en el proceso, toma como verdades incuestionables las referencias de su nueva cotidianeidad de los libros de Pushkin, Chéjov, Dostoievski, Bulgákov o Bábél como en una cosmovisión donde confluyen paralelamente todos los tiempos y los espacios de la literatura rusa. Así, pide a la cocinera de su trabajo *kvas* o *kascha*, aunque él mismo no sepa qué son estos platos, le cambia el nombre a su esposa por Marfa Petrovna, comienza a medir las distancias en verstas, a pasar presupuestos en rublos y kopeks, se entrena en el bar local para tomar vodka, aunque «no le gustaba be-



DAVID TOSCANA
EL PESO DE VIVIR EN LA TIERRA
Candaya. 320 páginas. 20 €

ber, pero a partir de esa noche tendría que hacerlo».

Toscana se pasea con erudición y desparpajo de un autor ruso a otro: colecciona citas pertinentes, ofrece infinitas referencias y muestra –a la vez que despierta– un apetito voraz por visitar *Anna Karénina*, *Doctor Zhivago*, *Los hermanos Karamázov* o *El jardín de los cerezos*, y lo hace con humor y con afecto, como si con esta novela convocara a los fantasmas de Pásternak o Tsvietáieva rindiéndoles homenaje, como si pudiera hacerle justicia a Mandelstam o corregir la historia para otorgarles el Nobel a Anna Ajmátova y a Lev Tolstói, desplegando ese arte tan mexicano de honrar a sus muertos y hacerles ofrendas.

Pero lo más bonito de su planteamiento es esa celebración quijotesca de la imaginación, de la vida y, sobre todo, de la literatura como festejo de la palabra, como esa forma leve, poética, de estar en la tierra, convirtiendo la realidad en metáfora. **L**